

tento de congregarlos de nuevo, ya no para una fiesta religiosa, ya no para una pasajera asamblea, sino para consultarlos como jueces de la Fe y tenerlos por meses, y quizá por años, coadunados en permanente Senado. ¡Un concilio en el siglo XIX! ¡Un concilio en Roma, cuando el enemigo se halla casi á sus puertas, cuando ya no hay principios católicos que custodien, cual en otro tiempo, el aula sacrosanta! Extraña era la idea cuanto grandiosa. Sólo cabía en el ánimo del gran Pío IX tanta iniciativa, y á despecho de contrarios augurios y desfavorables pronósticos, no tardó mucho en convocarse y en abrirse el Sínodo Vaticano.

¡Época inolvidable del décimonono concilio universal! ¿Quién habrá que no te recuerde alborozado? ¿Quién habrá que, al recordarla, no suspire por la vuelta de aquellos días de imperecedera remembranza? Ya en su vida privada, en el fondo de alojamientos más ó menos modestos; ya en sus estudios particulares, rodeados cada uno de su pléyade de canonistas y teólogos; ya en sus reuniones parciales, discutiendo amigable y caritativamente; ya en las congregaciones generales, arrojando torrentes de luz de sus inspirados labios; ya en las procesiones públicas, implorando el auxilio divino; ya bajo las bóvedas de San Pedro, celebrando con solemnidad inaudita las prin-

cipales festividades; ya en el aula conciliar, prestando, humildes, su profesión de fe ante el Pastor de los pastores, los 800 obispos de todas las lenguas y naciones congregados en Roma atraían las miradas y excitaban la admiración de propios y extraños, de católicos y heterodoxos. Entre todos descollaba gigantesca la augusta figura de Pío IX. Cuando en medio del espeso bosque de cándidas mitras, frente á la inmensa muchedumbre de pueblo devoto, á la luz del relámpago y al fragor del trueno que hacía retemblar las inmensas bóvedas de la Vaticana Basílica, definió la mañana del 17 de Junio de 1870 el dogma venerado de la infalibilidad pontificia, quien tuvo la dicha de presenciar este acto, único en la historia de los siglos, se sentía transportado á otras regiones y á otra vida: era la figura más perfecta del reino de los cielos y del trono del Omnipotente.

¿Cómo daros una idea, aunque ligera, de aquel espectáculo divino? El inspirado autor del Eclesiástico, al recordar al Sumo Sacerdote Simón, hijo de Onías, sacrificando solemnemente en el templo de Jerusalén, se sirve de enérgicas comparaciones que, como dictadas por el divino Espíritu, es lo más sublime á que el lenguaje humano puede aspirar. Yo las repetiré; aunque sin profanación ni temor de equivocarme, puedo aseguráros que

son aún pálidas frente al sobrehumano original.

¿Visteis la brillante estrella matutina que, á través de la espesa niebla que ha cubierto la noche, se abre camino con sus rayos lucientes y alegre al perdido viajero? ¿Habéis gozado á la orilla de lago argentino de la luz apacible y deliciosa que sobre las aguas y la tierra, sobre los montes y los prados, esparcía en lo alto del firmamento, ofuscando aun á las mayores estrellas que bordaban el manto de la noche, la hermosa y dulcísima luna, llegada á su pleno crecimiento, y antes de empezar los días de su mengua? ¿Os ha alumbrado alguna vez en las regiones de los trópicos el sol refulgente reinando absoluto sobre un cielo de límpido azul y fecundando el mundo con su fuego benéfico? Pues así brillaba Pío IX, así alegraba al mundo, así vivificaba todo al definir en el agosto Concilio. *Quasi stella matutina in medio nebulae, et quasi luna plena in diebus suis lucet; et quasi sol refulgens, sic ille effulsit in templo Dei.* (Ecc., L. 6 et seq.) No es tan majestuoso el arco iris cuando extiende entre las nubes su cauda de variados matices; no es tan bella la reina de las flores cuando luce sus galas al despuntar la primavera; no es tan encantador el cándido lirio, cuyo tallo vienen á lamer las aguas del límpido arroyuelo, ni tan grato el perfume del incienso de

la Arabia, que en los días de verano se levanta en columnas espirales esparciendo por todos lados su dulce fragancia. *Quasi arcus refulgens inter nebulas gloriae, et quasi flos rosarum in diebus vernis, et quasi lilia quae sunt in transitu aquae, et quasi thus redolens in diebus aestatis.* Cual la oliva fecunda que se eleva rodeada de innumerables pimpollos, como el alto ciprés que parece tocar al cielo con su arrogante cúspide, como el cedro gigantesco en las cumbres del Líbano, así aparecía cubierto con sus ricas vestiduras, con la tiara en las sienas, y haciendo resonar sobre el trono de oro su voz soberana. Toda grandeza se ofuscaba en su presencia: sus augustos hermanos en el episcopado, á pesar de la gloria que á cada uno rodeaba, no parecían en derredor del Pastor Supremo sino pequeños ramos de humilde palmera. *Quasi oliva pullulans, et cypressus in altitudinem se extollens..... Et circa illum corona fratrum: quasi plantatio cedri in monte Libano: sic circa illum steterunt quasi rami palmae, et omnes filii Aaron in gloria sua.*

¿Qué dicha mayor que pertenecer á la Iglesia católica, que con una regla de fe siempre segura, y un intérprete viviente de los divinos oráculos, no puede permitirnos que erremos descarriados? Felices los que obedecemos á aquél que, en su predecesor Pedro, fué consti-

tuido piedra y fundamento de la verdad. Dichosos los que en nuestras dudas podemos recurrir á aquel á quien mandó el Señor confirmar aun á sus hermanos vacilantes: *confirma fratres tuos*. ¿Qué sería de nosotros si pudiera inducirnos en error? ¿Adónde iríamos á parar si cuando desde su cátedra de verdad nos enseña lo que debemos creer, y nos manda bajo pena de anatema prestarle nuestro asentimiento, pudiéramos responderle: *te engañas?* ¡Cuántas dificultades y cuántos absurdos no se seguirían si para enseñar el Jefe supremo de la Iglesia, tuviera antes que consultar á la misma Iglesia!

Hé aquí por qué Pío IX, inspirado por Dios, en vista de los tiempos difíciles que estaban para llegar; incitado por casi todos los obispos reunidos, y por multitud del clero y del pueblo del mundo entero, dictó esta inolvidable sentencia: «Nos, adhiriéndonos fielmente á la tradición que se remonta al principio de la fe cristiana, para gloria de Dios, Salvador nuestro, exaltación de la Religión católica y salvación de los pueblos cristianos, enseñamos y definimos, *sacro approbante Concilio*, que es un dogma divinamente revelado: Que el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando desempeñando el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que

una doctrina sobre la Fe ó las costumbres deba ser profesada por la Iglesia universal, goza plenamente, por la divina asistencia que le está prometida en la persona del bienaventurado Pedro, de aquella infalibilidad de que el divino Redentor ha querido que su Iglesia estuviese provista, al definir su doctrina tocante á la Fe y á las costumbres; y por consiguiente, que las tales definiciones del Pontífice Romano son por sí mismas irreformables, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia. Si, pues, alguno, lo que Dios no consienta, tuviese la temeridad de contradecir esta nuestra definición, sea anatematizado.»

## VIII

Apenas consolidado el poder espiritual del Romano Pontífice con la declaración de la infalibilidad, cayó por completo su dominio temporal. Si hay entre vosotros quien haya sufrido la amargura del vencimiento, quien haya emprendido una lucha en que sabía que no iba á triunfar, quien haya sentido sobre sus hombros el peso de la responsabilidad que ante Dios y ante la Historia trae la pérdida de un poder que hemos recibido y no nos es dado conservar, se formará tal vez una idea, pero

002594

muy imperfecta y ligera, de la pena inconmensurable de Pío IX el nefasto 20 de Septiembre de 1870. Muy imperfecta, sí; porque ¿á quién será dado penetrar en el ánimo del Vicario de Cristo, y sondear la profundidad de su dolor, al ver conculcados los derechos más santos, violados los principios más sagrados de la justicia, ultrajada en su persona la Esposa del Cordero? Las puertas del infierno estaban muy lejos de haber prevalecido; pero habían obtenido un triunfo, momentáneo si se le compara con la duración del mundo; largo, si consideramos las muchas almas que esta victoria, aunque efímera, había de perder. Terrible era la pérdida material; pero desaparecía al colocarla junto á las pérdidas morales. Los sepulcros de los mártires iban á ser sacrílegamente violados; las inicuas leyes y sistemática persecución de que hasta ahora había escapado la Ciudad Santa, iban á ensañarse contra los cristianos en el centro mismo del catolicismo, y bien conocido es el axioma médico: cuando padece la cabeza, el dolor y la enfermedad se extienden á todos los miembros del cuerpo.

¡Oh día mil veces infausto! Aún me parece ver las numerosas huestes piemontesas ir avanzando contra nuestras reducidas legiones, y lanzar de súbito su mortífero fuego contra las débiles murallas. ¿De qué servía el valor, de qué el denuedo, de qué el desprecio de la

muerte que á todos alentaba? La victoria era imposible, y la sangre de los defensores del Papa-Rey era la última protesta de Pío IX ante la Historia y ante Dios.

Cae derribado el muro; se suspende la defensa por orden del manso Pontífice, y caemos en poder del sacrílego vencedor. ¡Oh, quién me diera la inspiración de Jeremías para describir, cual es debido, la amargura de aquellos instantes! La muerte era preferible á aquellas horas de inexplicable desaliento; y si una queja hubieran podido exhalar nuestros labios, habríamos maldecido la blanca bandera de parlamento que nos sustraía al fuego enemigo, mientras la diplomacia nos entregaba á las victoriosas huestes de Víctor Manuel.

Un soberano vencido, ó es rey ó es prisionero en sus dominios: por más esfuerzos que se hagan, por más falacias que se inventen, es imposible, aunque á los que vivís en repúblicas se os dificulte comprenderlo, es imposible que se le vea vivir en sus dominios cual simple ciudadano. Pío IX se declaró prisionero, y prisionero permaneció más de siete años en su Palacio. Se le ofrecieron honores, y los rehusó; se le brindó con dinero, prefirió quedar atenido á las limosnas de los fieles. *Non possumus* había dicho cuando aún ceñía la triple corona: *non possumus* repetía ahora que se hallaba para siempre *sub hostili dominatione constitutus*.

¡Cuántos monarcas ha visto caer el siglo XIX! Abrid la historia contemporánea y decidme quién ha caído con más gloria, quién ha defendido mejor sus Estados, quién se ha mostrado más grande al perder sus dominios. ¡Napoleones I y III, Carlos X, Luis Felipe, Monarcas de Austria y de Piamonte que abdicasteis hace treinta años; Soberanos de Italia, destronados recientemente; Príncipes de Alemania sacrificados á Prusia; Isabel, Amadeo, Maximiliano, cuán pequeños parecéis junto á Pío IX!

Observad, señores, cuán admirablemente condujo la retirada, disputando palmo á palmo el terreno, y haciendo esfuerzos inauditos, que aquí no me es dado enumerar. Observad su entereza al caer en poder de sus enemigos. No lo desalienta el vencimiento, no lo agobia la edad, no lo rinde la poca esperanza de recobrar en vida lo que acaba de perder. Puesta en Dios la confianza, y sabiendo que es tan soberano en la prisión como en el trono, y que, aunque encadenado, es el primero entre los reyes de la tierra, habla con el valor y la firmeza de sus primeros días; y al prusiano, ufano con su inmenso poder, y al piamontés que lo tiene aherrado, y al moscovita, enorgullecido con sus recientes victorias, se opone valerosamente, les echa en cara su injusticia, arroja de su presencia á sus embajadores.

En la prisión del gran Pío IX fué donde me cupo la dicha de ser ungido por sus augustas manos los primeros días después de nuestro desastre. ¡Oh! Si el que ama á una hermosura terrena repite á cada instante, al morir el objeto de sus afectos: aquí me senté á sus pies, aquí bebí en su copa, aquí me coronó de rosas, no creáis vanagloria el que yo os diga suspirando: allí me impuso esa mitra que veis sobre el túmulo; allí me entregó el báculo que he puesto sobre el catafalco; allí me dieron sus manos la cruz que hoy brilla sobre mi pecho. ¡Ah! Yo amé á Pío IX, yo amé al gran Pontífice que admiraba el mundo, y que se había dignado poner los ojos en su humilde siervo; yo lo amé, y uno de los días más gratos de mi vida es aquel que en su prisión dorada inauguró mi amarga carrera episcopal. Ofrecí ese día el sacrificio en el mismo altar que Pío IX, uní mi voz á la suya, cuando consagramos el mismo pan y el vino, y bebí del mismo cáliz que el gran Pontífice. *Oh dulces exuviae* (diré si me es lícito evocar un recuerdo profano): *dulces exuviae dum fata deusque sinebat*: ¡oh mitra, oh cruz, oh báculo sagrado, prendas dulcísimas y recuerdos imperecederos del Pontífice que me ungió! Mientras él vivió, vuestro peso me pareció llevadero. Mientras él vivió, él me animó con la palabra y el ejemplo á llevaros constante y sin desmayar. Cuando quería

trocar la mitra por la cogulla, él me enseñaba su tiara de abrojos; cuando pensaba hacer pedazos mi cayado, él me hacía ver de lejos el rebaño universal á su ancianidad cometido; cuando caía abrumado bajo el peso de mi cruz, me hacía sentir el de la suya, que llevaba sin doblegarse. ¡Oh prendas en otro tiempo dulces y queridas, *dulces exuviae!* ¿Tendré ya valor para seguirus soportando? ¿No me será lícito rogar á la Providencia que me sepulte con vosotras, en la misma tumba que acaba de acoger al que os confió á mi cuidado? *Accipite hanc animam, meque his exsolvite curis.*

¡Ah, no! ¿Quién osa proferir palabras de desaliento junto á la tumba del que hace siete años precisos me decía al imponerme el cándido roquete, símbolo de la jurisdicción episcopal: Vé, corre á regar la tierra de Moctezuma con el rocío de la buena doctrina, con tus sudores pastorales y, si preciso fuere, con tu sangre? Y nadie mejor que Pío IX podía proferir tan difíciles exhortaciones. No fué como el agricultor que planta los árboles y no alcanza á ver el fruto de sus fatigas. Muy pocos meses le faltaban para cumplir su lustro décimoséptimo (1)

(1) «Vaticano 30 de Octubre de 1877.—Tengo el placer de aseguraros que el Santo Padre Pío IX nació verdaderamente el 13 de Mayo de 1792, como afirmáis.—De V. S. affmo. s. s., *Machi*, maestro de Cámara de S. S.»

cuando ha bajado al sepulcro. Ninguno de los 261 Pontífices que sucedieron al Pescador de Galilea había alcanzado á reinar los veinticinco años que Pedro tuvo su silla en Roma, y el conocido pronóstico *non videbis dies Petri* se tenía ya por axioma inconcuso. Pío IX vió esos días de Pedro, al parecer fuera del alcance de sus sucesores; los vió y los superó, muriendo en el año 32 de su pontificado: cincuenta y nueve años ofreció como sacerdote el Santo Sacrificio, y no pasó á mejor vida sin haber cumplido media centuria desde que fué consagrado Obispo.

¿Quién ha sufrido más alternativas que Pío IX en su largo reinado? Si del primer Napoleón cantaba admirado el poeta que tres veces lo había visto su musa hundido en el polvo, y tres adorado en el altar, ¿qué diremos nosotros de los triunfos y caídas, de las victorias y desastres, de los consuelos y amarguras del magnánimo Pío? Pero siempre igual, siempre imperturbable, prosiguió hasta lo último su peregrinación sobre la tierra, cumpliendo hasta el día postrero sus altísimos deberes, y ejercitando en su vida pública y privada los actos de las más sublimes virtudes. De él no fué nunca cierto el proverbio vulgar, que ningún hombre parece grande á los que de cerca lo tratan. Juan Mastai y el Arzobispo de Spoleto, el Cardenal-Obispo de Imola y el Papa

Pío IX pudieron siempre contemplarse de cerca y de lejos como dechado de pureza y de santidad.

Ya desapareció esa gigantesca figura. Ya no oiremos esos sublimes discursos que diariamente dirigía á cuantos á él se acercaban, tan llenos de elocuencia, de unción, de encantadora sencillez. Ya no experimentaremos esos rasgos de munificencia y liberalidad que produjeron el nunca visto fenómeno de que más daba mientras más lo despojaban. Ya no recibiremos de su mano esas tiernas bendiciones á que en tantos años nos habíamos habituado.

¡Oh Dios! Acoge en tu seno al gran Pontífice que tanto miró por tu gloria, que tanto hizo por la honra de tu Iglesia. Considera ¡oh Señor! el grave peso que le impusiste sobre los hombros, y que tantos años le obligaste á llevar. Si, á pesar de tus extraordinarios auxilios, la inmensa mole de nuestros pecados lo hizo alguna vez doblegarse, si el polvo de este ingrato mundo de que ha tenido que rendirte cuentas, oh Juez soberano, alguna vez manchó su cándida estola, con lunar en otro menos puro no perceptible, oye, Señor, los ruegos que de todos los ámbitos del globo suben hacia tu trono por quien fué de ti y de nosotros tan amado, que grande en tu presencia lo es en la nuestra, y lo será en la de todas las generaciones.

Escúchanos, Señor, con oído benigno, y dignate llevarlo sin tardanza al trono de gloria que le tienes destinado desde el principio.





## LAUDATIO FUNEBRIS

EPISCOPORUM AMERICAЕ LATINAE HUCUSQUE VITA  
FUNCTORUM CORAM PATRIBUS CONCILII PLENARIИ  
LATINO-AMERICANI ROMAЕ IN AULA CONCILIARI, IV  
NONAS IULIAS A. D. MDCCCIC AB IGNATIO MONTES  
DE OCA ET OBREGON, EPISCOPO POTOSIENSI ET  
CONCILII SECRETARIO HABITA.

Ossa eorum pullulent de loco  
suo et nomen eorum permaneat  
in aeternum, permanens ad filios  
illorum, sanctorum virorum glo-  
ria.

*Eccl., XLVI, 14-15.*

**F**ATEOR equidem, Venerabiles Patres  
Concilii Latino-Americani, me nun-  
quam ad funus alacriori animo acces-  
sisse. Etenim si pius Augustinus matris paren-  
talia questibus lacrymosis celebrare minime  
decere putabat, quomodo nos viros gloriosos  
et progenitores nostros in Christo laudaturi,  
planctu et gemitibus sermonem abrumpere  
audebimus? Quin potius ad rogum istum, in  
quo ossa eorum pullulant adstantes, cum



## ELOGIO FÚNEBRE

DE LOS OBISPOS DE LA AMÉRICA LATINA QUE HASTA  
HOY HAN FALLECIDO, PRONUNCIADO ANTE LOS PA-  
DRES DEL CONCILIO PLENARIO LATINO-AMERICA-  
NO, EN ROMA, EN EL AULA CONCILIAR EL 4 DE  
JULIO DE 1899, POR IGNACIO MONTES DE OCA Y  
OBREGÓN, OBISPO DE SAN LUIS DE POTOSÍ Y SE-  
CRETARIO DEL CONCILIO.

(Traducción castellana.)

Reverdezcan sus huesos allá  
donde reposan y dure para siem-  
pre su nombre, y pase á sus hi-  
jos con la gloria de aquellos  
santos varones.

*Ecle. XLVI, vers. 14-15.*

**V**os confieso, Venerables Padres del  
Concilio latino-americano, que ja-  
más he acudido con mayor presteza á  
una fúnebre ceremonia. Si Agustín, á pesar  
de su acendrado amor filial, juzgaba que las  
exequias de su santa madre no debían cele-  
brarse con lamentos y lágrimas, ¿cómo es po-  
sible que nosotros, al tejer las alabanzas de los  
gloriosos varones que fueron nuestros progeni-  
tores en Cristo, nos atrevamos á interrumpir  
su panegírico con gemidos y llanto? Antes  
bien, colocándonos en derredor de ese túmu-